



CAPITULO III

DE LA ORACIÓN.—PREÁMBULO

La oración es un gran medio para alcanzar la devoción.

Dice el P. Granada, que primeramente para alcanzar la gracia uno de los principales medios que hay, es pedir-la instantísimamente á Aquel que sólo puede darla: pues (como dice el Apóstol) (1) tan rico es el Señor para todos los que le llaman. Pues ¿á qué otra virtud pertenece esto, sino á la oración? Porque la oración además de ser obra meritoria (como lo son todas las otras obras virtuosas hechas en caridad) es también impetratoria: (2) porque así como tiene por oficio propio pedir, así le corresponde por galardón propio al impetrar: como claramente nos lo prometió el Salvador diciendo: Pedid, y recibiréis: buscad, y hallaréis: llamar, y abriros han. Porque todo aquel que pide, recibirá; y el que busca, hallará; y al que llama, abrirle han. Pues ¿qué cosa se pudiera decir más clara, ni más liberal, y de mayor consolación para el hombre, que esta? Porque (como dice San Juan Crisóstomo) no negará Dios el socorro al que lo pidiere; pues él mismo nos instiga á que le pidamos. Porque argumento claro es, que nos quiere dar, el que tantas veces nos manda pedir. Por lo cual dice David: (3) Bendito sea el Señor, que no apartó

(1) Rom. 10. (2) 2, 2, q. 89. art. 13. & 14. (3) Ps. 65.

mi oración y su misericordia de mí. Sobre las cuales palabras dice S. Agustín: Ten por cierto que si Dios no aparta tu oración de sí, tampoco apartará tu misericordia de tí: porque quien te da espíritu para que pidas, también te dará lo que con ese espíritu le pidieres. Y el mismo Señor en el mismo lugar, exhortándonos aún con mayor instancia á esto mismo, dice así. (4) ¿Quién de vosotros pedirá á su padre pan, que reciba en lugar de pan una piedra? Y si le pidiere un pez; por ventura darle ha en lugar de pez una serpiente? Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas á vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre (que está en los Cielos) dará su espíritu bueno á quien quiera que lo pidiere? Ves pues cómo el medio que hay para recibir el espíritu bueno (que es el Espíritu Santo, que se da por gracia) es pedirle. Finalmente es tan proporcionado este medio para este fin, que dice S. Agustín en el libro de los dogmas de la Iglesia, estas palabras: Ninguno creemos que viene á la salud, si Dios no lo llama: y ninguno después de llamado obra lo que conviene para esta salud, si Dios no le ayuda: y ninguno recibe esta ayuda sino la pide por oración. Lo cual dijo este Santo, no porque no sabía él muy bien que hay otros medios para alcanzar la divina gracia, sino para dar á entender, cuán propio y cuán proporcionado medio era este entre los otros para ello. Porque como la gracia sea dádiva de Dios, el camino derecho que hay para alcanzarla, es levantar los ojos á lo alto, y decir con el Profeta: (1) levanté mis ojos á los montes, de donde me ha de venir el socorro.

Y no menos ayuda la oración para alcanzar la caridad, que la gracia, supuesto que oración es petición de lo que nos es necesario, y también levantamiento de nuestro corazón á Dios. Porque dos medios señalamos arriba para alcanzar el amor de Dios: el uno considerar la grandeza de sus perfecciones y beneficios; (porque esto es lo que

(1) Luc. 11. (2) Psalm. 120.

señaladamente nos le hace muy amable); y el otro es pedirle instantísimamente con entrañables deseos y oraciones esta virtud. Pues lo uno y lo otro, así el pensar como el pedir, pertenece á la oración: por do parece que pues su oficio es levantar el corazón á Dios y pedirle mercedes, ella es un convenientísimo y muy proporcionado medio para alcanzar esta virtud, que por estos medios se alcanza. Iten, si la comunicación entre las personas suele ser un grande incentivo de amor, y no es otra cosa oración, sino comunicación con Dios, ¿qué cosa más á propósito para alcanzar el amor de Dios, que comunicar ó siempre ó muy á menudo con El? Iten, si el mismo Dios esencialmente es fuego de amor; y no es otra cosa orar, sino llegarse á Dios, síguese que quien más cerca se llegare á este fuego, más se inflamará, y más parte recibirá de su calor. Porque si este fuego material (por ser tan noble elemento) no sabe negarse á quien á él se llega, ¿qué hará aquel Señor que es infinitamente más noble, más bueno, y más comunicativo de sí mismo? Por lo cual dice San Agustín: para ser el hombre algo, conviene que se llegue á Aquel de quien recibió que fuese algo. De donde nace que desviándose de Él, se oscurece; y llegándose á Él, se esclarece: desviándose de Él, se enfría; y llegándose á Él, se inflama.

Item, como este amor sea un santo afecto y movimiento de la voluntad; y la voluntad sea una potencia ciega, que no se mueve sin que precedan actos del entendimiento; necesariamente han de preceder tales consideraciones en el entendimiento, que enciendan este afecto en la voluntad: lo cual pertenece á la oración, por la parte que es levantamiento de nuestro corazón á Dios, como está dicho. ¿Ves pues cuánto nos ayuda esta virtud para alcanzar el amor de Dios?

Pues aun muy más propiamente ayuda á alcanzar la devoción, que es la tercera cosa que nos allana este camino, porque, ¿de qué otras fuentes nace la vena de la devoción sino de la oración y consideración de las cosas divinas?

Así lo dice Santo Tomás en la 2. 2. en la cuest. 82. en la cual tratando de las causas de la devoción, dice que son dos: una que está fuera del hombre; y ésta dice que es el Espíritu Santo, que es el autor é inspirador de este afecto celestial: y otra que está dentro del hombre; y ésta dice que es la meditación y consideración de las cosas divinas. Porque como la devoción sea un santo afecto y movimiento de la voluntad, y la voluntad sea (como acabamos de decir) una potencia ciega, que regularmente no se mueve sin que preceda alguna luz y consideración del entendimiento; necesario es que preceda esta consideración para producirse este afecto de devoción. Aunque esto sólo no basta: y por eso se añade otra causa de fuera, que es el Espíritu Santo (como dijimos) el cual nunca falta á quien hace lo que es de su parte; y así concurre con aquellos que se aplican humildemente á la consideración de las cosas divinas, para despertar en ellos este afecto celestial.

Y si preguntares por qué causa el santo Doctor atribuye este efecto al Espíritu Santo más que los otros; pues es cierto que todos los hábitos y actos de las virtudes infusas también proceden de este mismo Espíritu, á esto se responde que aunque esto sea verdad, pero que la devoción (que es el primer acto de la virtud que llaman religión) es una cosa tan universal y tan noble, que para esto hay especial razón para dar por autor de ella al Espíritu Santo. Porque la devoción no se contenta con inclinarnos á una particular obra de virtud (como hacen las otras virtudes) sino generalmente nos inclina con una voluntad muy pronta á todas las obras virtuosas: que es á todo aquello que pertenece al servicio de Dios: y este tan grande afecto y tan grande salto no se puede dar sin especial favor del Espíritu Santo. Esto se puede en alguna manera entender por este ejemplo. Dicen muy bien algunos Doctores que no puede un hombre con solas fuerzas naturales amar á Dios sobre todas las cosas; pudiendo hacer con solas ellas otras obras moralmente buenas, aunque no me-

ritorias. Mas amar á Dios sobre todas las cosas es una como red barredera que todo lo lleva tras sí; porque nadie le puede amar de esta manera, sino ordenando á sí y á todas sus obras á Dios, y posponiéndolo todo por Él: la cual determinación es tan universal y tan noble, que nadie la puede tener de verdad, sino es para esto ayudado de Dios. Pues lo mismo decimos de la devoción: la cual como tenga de su naturaleza hacer la voluntad del hombre ligera y pronta, no para esta ó para aquella obra buena, sino para todas las obras del servicio de Dios (que son todas las obras de las virtudes) por eso tiene necesidad de una especial asistencia y movimiento del Espíritu Santo para producir un acto tan universal y tan generoso. En lo cual se ve claro cómo la devoción siendo acto de una sola virtud (que es la religión) es estímulo de todas las virtudes, y despertadora de todas ellas.

Y esto suele obrar aquel Espíritu Divino en la oración (cuando se hace como se debe hacer) donde muchas veces por una manera maravillosa se transforman los corazones de los que oran: de tal modo, que entrando en la oración flojos, tibios, flacos y pesados para todo lo bueno, á cabo de una hora que perseveran allí llamando humildemente á las puertas de la divina misericordia, salen tan esforzados tan alegres, y tan prontos para lo bueno, y finalmente tan trocados y tan otros, que ellos mismos no se conocen: tanto, que una de las cosas que hay entre las obras de gracia (entre algunas otras) que parecen milagro, es esta tan súbita y tan grande mudanza en un mismo corazón. Mas con todo eso no lo es (aunque sea obra sobrenatural como lo son los milagros) porque el modo con que se hace, no es miraculoso, sino ordinario y natural, con que Dios comunmente lo suele hacer.

Pues la cuarta ayuda, que es la alegría espiritual, ¿de dónde nace, sino de donde nace la devoción: que es de la misma oración? Así lo significó el mismo Dios por Isaías,

(1) cuando dijo que llevaría sus siervos á su santo monte, y los alegraría en la casa de su oración. Porque (como dice San Bernardo) en la oración se bebe aquel vino espiritual que alegra el corazón del hombre: (2) que es el vino del Espíritu Santo, el cual embriaga nuestro corazón, y lo hace olvidar de todos los otros sensuales deleites. Verdad es que no cualquiera manera de oración basta para esto, porque, como dice Santo Tomás, (3) aunque pueda ser la oración meritória, y también impetratoria, faltándole la atención actual, cuando no falta por culpa del que ora, mas ésta es necesaria para la otra propiedad principal de la oración: que es ser causadora de devoción y de esta alegría espiritual, que es, como dice Santo Tomás, una refección del ánima, y una suavidad celestial; para lo cual, como digo, es necesario que haya actual atención.

CONCLUSIÓN DE TODO LO DICHO CON EJEMPLOS DE SANTOS

¿Ves pues cuánto nos ayuda la oración para alcanzar estas cuatro cosas tan principales, que tanto nos esfuerzan á llevar ligeramente la carga de la ley de Dios? Pues por aquí se verá claro cuánta necesidad tenga el hombre de la continuación y ejercicios de esta virtud, si quiere tener fuerzas con que pueda guardar la ley de Dios. Y por aquí verás cuán convenientemente, después de haber dado muchos avisos y reglas de bien vivir en el Tratado precedente, tratamos ahora de la oración en el presente, pues la dificultad que hay en lo uno, nos está pidiendo la facilidad que se alcanza con lo otro. Por lo cual dice el Eclesiástico: (4) El que guarda la ley, multiplica la oración: porque como entiende la necesidad que tiene del socorro de la oración para vencer la dificultad de la ley, así como es cuidadoso en lo uno, así también lo es en lo otro. Y al mis-

(1) Isai. 56. (2) Super Cant. serm. 49. (3) 2. 2. quest. 83, art. 13 y 14.

(4) Eccli. 35.

mo propósito pertenece lo que dice en otro lugar por estas palabras: No haya cosa que te aparte de siempre orar, ni tampoco de bien obrar hasta el fin de la vida: (1) pues el galardón de Dios permanece para siempre. Donde también ayuntó en uno el siempre orar y siempre bien obrar, por la necesidad grande que hay de lo uno para lo otro. En lo cual parece que si la oración fuese estéril, y no acompañada de buenas obras, ya no sería perfecta oración sino por ventura engaño del enemigo. Porque como una de las mayores alabanzas que la oración tiene es ser tan grande ayudadora de la virtud y de todas las buenas obras, si éstas faltan, ya la oración carecería de uno de sus principales frutos. Por tanto, como dice el Apóstol, (2) apártese de toda maldad quien quiera que invoca el nombre del Señor. Y no se contente con no hacer mal, sino procure hacer todo el bien que pudiere: y entonces habrá alcanzado la perfecta oración. Conforme á lo cual dice San Agustín (3) en un sermón: ¿Con qué cara osarás pedir lo que Dios te prometió, si no haces lo que te mandó? Oye pues primero sus palabras y después pide sus promesas. Y San Crisóstomo dice: (4) Quien ora y peca, no hace oración á Dios, sino desacata á Dios.

Todo esto que hasta aquí hemos dicho, compendia perfectamente San Agustín en tres palabras, que dicen así (5) La ley manda; la gracia cumple, y la oración, mediante la fe impetra. Quiere decir: La ley por sí sola no hace más que mandar, y declararnos lo que debemos hacer, mas no da fuerza para cumplirlo. Pero esta nos da la gracia del Espíritu Santo, mediante los hábitos de las virtudes que de ella proceden. Y esta gracia alcanza la oración, pidiéndola con fe y confianza, como se debe pedir. Y esta tercera partícula declaró aún más distintamente el mismo Santo diciendo: El espíritu de la gracia hace que tengamos fe; y la fe orando, alcanza gracia para que cumplamos la ley.

(1) Eccli. 18. (2) Tim. 2.—(3) De verbis Apost. serm. 16.—(4) In Mat. hom. 52.—(5) In Psalm. 118. conc. 16, ad v. 57. tom. 8.

Estas son las principales virtudes y propiedades de la oración que hacen á nuestro caso: otras tiene también sin éstas, de que tratamos en otro lugar: y por esto al presente no diré de ellas más de lo que brevemente dice Simón de Cafia por estas palabras: Oración es obra espiriitual en cuerpo terreno; visita del ánima, que mira á Dios con ojos de fe; orden de nuestra ánima para con Dios, á quien le sujeta; voz, que hiere las orejas divinas; suave clamor en el retiro del corazón; silencio de todas las obras corporales, cuando esta se hace; recogimiento de los sentidos; olvido de sí y de las criaturas: puerto del espíritu vagamundo; representación de sí ante el Juez Eterno, condenación de sí mismo; juicio ante el divino juicio; verdadero espejo del ánima; lámpara de la conciencia; luz invisible para las obras invisibles; sombra que templá los ardores de nuestra carne; resignación en las manos de Dios, no queriendo más de lo que Él quiere. Todas estas cosas competen, cada cual en su manera, á la perfecta oración: la cual (como dice uno de aquellos Santos Padres del yermo) entonces es perfecta, cuando el mismo que ora no sabe de sí que ora: porque de sí y de todo lo que no es Dios, muchas veces se olvida.

Pues por estas y por otras grandes utilidades que tiene la oración, fueron todos los santos dados á ella, como leemos en sus historias. Si no, dime: ¿qué otra cosa más comunmente hacían aquellos Santos Padres del desierto, aun cuando entendían en tejer sus canastillas de mimbres, sino vacar á la oración? ¿Qué hizo el primero de todos ellos (que fué San Pablo) por todos aquellos sesenta años que estuvo en el desierto, sin vida de hombre mortal, sino ocuparse día y noche en oración y contemplación? ¿Para qué el bienaventurado Hilarión sobre diez veces mudó la celda que tenía, por esconderse de la gente que lo buscaba, sino por ocuparse (como escribe San Gerónimo) (1) perpetuamente en ayunos salmos y oraciones? ¿Qué otra cosa hacían todos

(1) In tom. epist. in cor. vit.

los otros Monjes que llamaban Anacoretas (que quiere decir solitarios) sino entender siempre el oficio de Angeles que es vacar á la contemplación de las cosas divinas? ¿Qué otra cosa leemos en los libros de Judih, y Ester, y de Tobias, y de los Reyes, y de aquellos nobles Macabeos, sino maravillas y grandezas alcanzadas por oración? Quién esforzó el ánimo de aquella santa Judith (1) para emprender una tan grande hazaña como fué cortar la cabeza de Holofernes, sino la virtud de la oración? Puesta su ciudad en muy grande estrecho por el ejército de los Asirios, los sacerdotes oraban; la gente del pueblo oraba; los niños también oraban; la infanta Judith en su retrainimiento oraba: y al tiempo que se partió para el campo de los enemigos, mandó que ninguna otra cosa se hiciese por ellos, sino oración: estando entre ellos, cada noche salía fuera de su estancia á hacer oración; y al tiempo que desenvainó la espada para herir la cerviz del tirano, esforzó el brazo femenino con la virtud de la oración: y así cortada la cabeza de el enemigo, dió fin á aquella tan memorable hazaña.

Y si por ventura dijeres que todos estos Padres antiguos (mayormente los que moraban en los desiertos) tenían más aparejo para este ejercicio, porque carecían de todo negocio; para eso te quiero poner ahora delante uno de los más ocupados hombres del mundo, que fué nuestro Padre Santo Domingo: el cual no por eso dejó de llegar á la cumbre de la perfecta oración y contemplación. De suerte que estando en medio de la plaza de todos los negocios que la caridad de los prójimos requería, no por eso carecía de la oración y contemplación que los Monjes en el desierto tenían. Por donde con mucha razón le compite aquella alabanza del sabio, que dice; (2) Fué así como la oliva que comienza á brotar, y como el ciprés que sube á lo alto. Extraña cosa parece caber en una persona propiedades de dos cosas tan distantes como son el ciprés alto y estéril, y la oliva baja y fértil. Mas sin duda lo uno y lo

(1) Judith, 8. 12. y 13. (2) Ecclí. 50.

otro conviene á este bienaventurado Padre; pues como oliva fructuosa daba óleo de misericordia para socorro de los proximos, ocupándose en la vida activa; como ciprés que todo se va á lo alto, subía con movimientos de amor á los ejercicios de la vida contemplativa. Y así abraza en uno ambas hermosuras de oliva y de ciprés, tomando de la una la fecundidad, dejada la bajeza, y del otro la alteza, dejada la esterilidad.»

ARTÍCULO I

DE LA NECESIDAD DE LA ORACIÓN (1)

Vigilad y orad porque no entréis en tentación: *Vigilate et orate ut non intretis in tentationem* (2) He aquí la amonestación del Salvador y la razón que el mismo señala: orad para que no entréis ó no caigáis en la tentación, diciéndonos seguidamente que el espíritu está pronto, mas la carne enferma. Ocúrrase muy luego el pensamiento que, si pues el espíritu está pronto, siendo como es de mayor virtud y naturaleza que la carne, vencerá en la demanda. Mas esto nos dice el Salvador, porque aun cuando sea de mayor condición el espíritu, todavía no es bastante poderoso, por sus fuerzas naturales, á resistir el gran peso de la carne; y más que aun el mismo espíritu, está también lisiado y grandemente debilitado para el bien, según que lo indica el Profeta-Rey cuando dice: «Vistióse de maldición como de una vestidura y entró, así como agua, en lo interior de él y como óleo en los huesos de él (3).» Notan aquí los sagrados expositores, que no se contenta el Espíritu Santo con decir que la maldición del pecado cubrió al hombre por de fuera á modo de vestidura, sino que entró como agua en su interior, y aun más, que como óleo se infiltró en todos los huesos. Por manera, que no

(1) De la obra «El Angel del Santuario» compuesta por el P. Esteban Sacrest, Ord. Praed.

(2) Marc., 14, 35.—(3) Psalm., 108, 18